

Revista
Latino-americana de

Geografia e Gênero

Volume 10, número 2 (2019)
ISSN: 2177-2886

Nota de
Pesquisa

Encontrar la Propia Posición. Notas Reflexivas sobre un Trabajo de Campo con Adolescentes

*Encontrar sua Própria Posição. Notas
Reflexivas em um Trabalho de Campo com
Adolescentes*

*Finding my own Position. Reflexive Notes on
Fieldwork with Adolescents*

Margot Mecca

Universitat Autònoma de Barcelona - Espanha
margot.mec@gmail.com

Como citar este artigo:

MECCA, Margot. Encontrar la Propia Posición. Notas Reflexivas sobre un Trabajo de Campo con Adolescentes. **Revista Latino Americana de Geografia e Gênero**, v. 10, n. 2, p. 292 - 304, 2019. ISSN 2177-2886.

Disponível em:

<http://www.revistas2.uepg.br/index.php/rlagg>

Encontrar la Propia Posición. Notas Reflexivas sobre un Trabajo de Campo con Adolescentes

Encontrar sua Própria Posição. Notas Reflexivas em um Trabalho de Campo com Adolescentes

Finding my own Position. Reflexive Notes on Fieldwork with Adolescents

Resumen

En este artículo presentaré algunas reflexiones alrededor de mi posición como investigadora desarrolladas durante mi tesis doctoral. Después de una breve introducción sobre la cuestión de la reflexividad en la geografía, presentaré los objetivos y los métodos de la investigación (un estudio de las primeras prácticas de ocio nocturno de los/las adolescentes) y explicaré como se ha articulado el trabajo de campo. Exploraré cuatro dimensiones que han tenido un peso relevante en el proceso de investigación: mi edad, mi identidad de género, mi estatuto de investigadora, el hecho de ser extranjera. En las conclusiones intentaré destacar la importancia, para mí y la investigación, de este ejercicio de reflexividad sobre mi posición en el trabajo de campo.

Palabras-Clave: Reflexividad; Posicionalidad; Trabajo de Campo; Juventud; Feminismo.

Resumo

Neste artigo, apresentarei algumas reflexões sobre minha posição como pesquisadora desenvolvido durante minha tese de doutorado. Após uma breve introdução sobre a questão da reflexividade na geografia, apresentarei os objetivos e métodos da investigação (um estudo das primeiras práticas de vida noturna dos adolescentes) e explico como o trabalho de campo foi articulado. Explorarei quatro dimensões que tiveram um peso relevante no processo de pesquisa: minha idade, minha identidade de gênero, meu status como pesquisadora, o fato de ser estrangeira. Nas conclusões, tentarei destacar a importância, para mim e para a pesquisa, desse exercício de reflexividade sobre minha posição no trabalho de campo.

Palavras-Chave: Reflexividade; Posicionalidade; Trabalho de Campo; Juventude; Feminismo.

Abstract

In this article I will present some reflections about my position as a researcher, developed during my doctoral thesis. After a brief introduction on the question of reflexivity in geography, I will present the objectives and methods of the investigation (a study of the adolescents' first nightlife practices) and explain how the fieldwork has been articulated. I will then explore four dimensions that have had a relevant weight in the research process: my age, my gender identity, my status as a researcher, the fact of being a foreigner. In the conclusions I will try to highlight the importance, for me and the research, of this reflexivity exercise about my position in the field work.

Keywords: Reflexivity; Positionality; Field Work; Youth; Feminism.

Margot Mecca



293

Introducción: Situar el Conocimiento en Geografía

A partir de los años '90 numerosos autores en geografía han afirmado la necesidad de “situar” el conocimiento producido (PILE, 1991; MC DOWELL, 1992; MADGE, 1993; ENGLAND, 1994). La reivindicación de declarar el contexto en el que el conocimiento es generado, los factores que influyen en este proceso y el impacto de las condiciones personales del autor o de la autora nace de la exigencia de desmontar la idea neopositivista de una producción objetiva del conocimiento, para afirmar su carácter parcial, subjetivo y particular. La reflexividad, el ejercicio del/ de la investigador/a que examina su propia manera de investigar para detectar como los factores internos y externos la influyen, se ha convertido en práctica común en el campo de la geografía, especialmente en la geografía feminista. Según la definición de England (ENGLAND, 1994, p. 82) “*Reflexivity is a self-critical sympathetic introspection and the self-conscious 'analytical' scrutiny of the self as researcher*” (destacado por la autora). La reflexividad en muchos casos toma la forma de posicionalidad: el/la autor/a intenta definir su posición en el campo social, las variables (de género, edad, etnia, clase social, nacionalidad, religión etc.) que condicionan tanto sus acciones e interpretaciones como las relaciones de poder con las personas que participan en la investigación.

A partir de este planteamiento, en este artículo presentaré mis reflexiones sobre mi posición en el trabajo de campo. He seleccionado las cuatro dimensiones que, desde mi punto de vista, han tenido más impacto sobre mi relación con el contexto y con los participantes en la investigación: mi edad, mi profesión, mi identidad de género y mi nacionalidad. Conuerdo con Rose (1997) en sus reflexiones sobre la imposibilidad de una reflexividad total, límpida, que permita aclarar todos los factores que influyen a un/a investigador/a: el carácter parcial y limitado de todo conocimiento se aplica a la misma reflexividad, ella también intrínsecamente marcada por la subjetividad. Al mismo tiempo un esfuerzo de reflexividad no elimina el hecho de que en el trabajo de campo las relaciones entre investigador/a y participantes sean desequilibradas: la asimetría es una condición inevitable de esta relación (ENGLAND, 1994). Pero la reflexividad puede permitir conocer y, por lo menos en parte, deconstruir los desequilibrios de poder, paso fundamental en la tensión hacia metodologías más igualitarias y respetuosas.

Contexto de la Investigación, Metodología y Trabajo de Campo

Las reflexiones que presento en este artículo han madurado durante el trabajo de campo de mi tesis doctoral. La investigación se centraba en las primeras prácticas de ocio nocturno de los y las adolescentes (14-16 años) en Barcelona, en particular los barrios de Poblenou y Sarrià. El trabajo de campo se ha desarrollado en Barcelona entre el otoño 2014 y el otoño 2016, con el empleo de técnicas cualitativas: en este artículo haré referencia en particular a las observaciones no participantes, a los grupos de discusión, a las entrevistas semiestructuradas con jóvenes y expertos y a dos talleres sobre el uso de *web* documental desarrollados en un centro de educación secundaria obligatoria de Barcelona.

Las observaciones no participantes se pueden dividir en dos grupos: el

primero comprende las observaciones preliminares, cuyo objetivo era tener un primer conocimiento directo de los lugares; el segundo grupo incluye las observaciones que tenían la finalidad de contrastar las informaciones recibidas a través de las entrevistas y las otras actividades de investigación con jóvenes. Dado el objeto de mi investigación, he realizado las observaciones en horario de finales de tarde y de noche.

He realizado entrevistas con 37 personas jóvenes (22 chicas y 15 chicos). Los/las jóvenes que han sido entrevistados/as eran voluntarios: participantes en actividades de investigación como grupos de discusión o talleres; alumnos/as de institutos colaboradores; personas contactadas a través de otras redes (hijos/as de personas conocidas, conocidos de otros participantes, con un sistema de bola de nieve). He realizado también 25 entrevistas con personas expertas: educadores/as, trabajadores/as sociales, técnicos/as de juventud de los barrios, madres y padres.

Durante el trabajo de campo he realizado 10 grupos de discusión, con entre 6 y 16 participantes; generalmente se ha tratado de grupos de discusión mixtos, aunque en tres casos hayan habido grupos exclusivamente masculinos (por razones no dependientes del diseño de la investigación, como se verá más adelante). Para organizar los grupos de discusión he tomado contacto con escuelas, entidades folclóricas y grupos scout de los dos barrios.

En 2015 y en 2016 he realizado dos talleres en colaboración con el Institut Quatre Cantons de Barcelona (Poblenou) El proyecto educativo del Institut Quatre Cantons integra, al lado de las asignaturas tradicionales, una serie de talleres transversales: entre estos los TGPEs (Trabajo Globalizado de Propuesta Externa), en los que una entidad externa hace un encargo a un grupo de alumnos/as.

En 2015 me llegó la propuesta a colaborar en uno de estos talleres por parte de Constelaciones, colectivo residente en Hangar¹ que estaba desarrollando un proyecto de documental expandido sobre la reconversión del barrio de Poblenou². Como se trataba de un taller con adolescentes, el equipo de Constelaciones me propuso colaborar con ellas. El grupo se componía de 15 alumnos, mayoritariamente de 3º de ESO, todos de sexo masculino (por el carácter voluntario). Decidimos, junto con Constelaciones, aprovechar la situación para añadir al plan de trabajo dos sesiones dedicadas al tema del género.

El segundo TGPE se ha desarrollado entre febrero y junio de 2016. En este caso la propuesta de realizar el taller ha surgido por mi parte, para profundizar y ampliar el trabajo llevado al cabo el año anterior. El instituto ha aceptado mi proyecto y me ha propuesto realizar un taller extensivo con alumnos y alumnas de 4º de ESO. El grupo estaba constituido de 16 participantes, 5 chicos y 11 chicas, alumnos/as de 4º de ESO, de 15 y 16 años.

Para mi trabajo de campo, los dos TGPEs en el Institut Quatre Cantons han funcionado como dispositivos para desarrollar distintas técnicas de

1 Para más informaciones es posible consultar la página *web* de Hangar: <https://hangar.org/es/> (consultado el 2 de mayo 2016).

2 Para más informaciones sobre el trabajo de Constelaciones es posible consultar la página *web*: <http://constelacionesonline.net/> (consultado el 2 de mayo 2016).

investigación. Además, al tratarse de talleres de muchas horas, los TGPEs me han permitido tener una relación personal con los participantes, construyendo cierta confianza y complicidad; esto se ha reflejado en una mayor familiaridad en el momento de realizar las entrevistas y también en una mayor implicación personal y emotiva en el trabajo con los y las jóvenes.

Ser “no tan joven”

Chris Philo abre su célebre artículo “*To Go Back up the Side Hill*” con una cita de David Sibley (1991): “*Adult researchers are not children*” (PHILO, 2003, p. 7). Aunque la cuestión pueda ser un poco diferente cuando se habla de adolescentes y no de niños, es también verdad que un investigador o investigadora adulto/a no es un adolescente; ha sido un adolescente, tiene recuerdos de esa edad, pero ya se encuentra en otra etapa de su vida. La pregunta es: ¿cuánto mi memoria de la adolescencia puede ayudarme a establecer una relación con chicas y chicos que viven en un contexto temporal y espacial distinto?

Una de las primeras cosas en las que he pensado, empezando a planear el trabajo de campo, ha sido que la relación con las y los jóvenes iba a ser facilitada por el hecho de no ser yo tan mayor que ellos. Pensaba que los años que me separaban de ese momento de mi vida, la adolescencia, no eran muchos y que mi vida de joven estudiante de doctorado todavía tenía algo en común con mi vida de estudiante de secundaria. Estaba convencida que esta proximidad temporal me ayudaría a construir cierto espacio de complicidad, de empatía, de cercanía.

Fue suficiente la primera sesión de trabajo de campo (un grupo de discusión con 12 chicas y chicos muy vivaces) para darme cuenta de que me había equivocado, aunque no lo percibiera inmediatamente de manera tan clara. Esa primera sesión me dejó una impresión general de que algo no estuviese funcionando como yo lo había imaginado, de que la relación con las y los jóvenes no era tan empática y fácil como yo me esperaba.

Esta sensación se ha prolongado, de manera indefinida, en los meses siguientes hasta hacerse muy fuerte y evidente durante la parte que probablemente ha sido más dura del trabajo de campo, el primer taller en el IES Quatre Cantons en mayo-junio 2015. Esas seis semanas pasadas trabajando cada día con un grupo de 15 chicos de 15 años me han impactado mucho a nivel personal, afectándome más profundamente de lo que habría podido imaginarme.

Lo que he entendido al terminar el taller ha sido algo muy sencillo y bastante evidente (para los/las demás): que yo ya no era tan joven. Que, aunque yo fuese todavía “joven”, lo era de una manera totalmente distinta para ellos/as. Que, si con 27 años podía definirme joven, ya estaba pasando, y de manera irreversible, al campo de las personas adultas. Hasta ese momento no se me había ocurrido pensar tan claramente que entre mi ser joven y su ser joven había un abismo, una distancia de diez años que significan casi el doble de su vida. A nivel personal, al principio no ha sido fácil reconocer esto; el hecho de que ellos/as vieran una distancia entre nosotros más grande de la que yo al principio imaginaba me ha obligado a reflexionar sobre mi identidad en relación al momento vital que estaba atravesando.

Pasada la crisis inicial, mi pequeño terremoto existencial ha terminado por dejarme un sentido de liberación: por fin podía cerrar las cuentas con una etapa de mi vida, la adolescencia, que todavía recordaba de manera inquieta y problemática. Asumiendo finalmente la distancia, no solo en términos de tiempo objetivo sino de tiempo “interior”, con ese periodo y las cuestiones que había dejado abiertas he podido empezar a aceptar tanto lo que yo había sido como lo que yo había devenido, reconocer la identidad que me estaba construyendo como mujer adulta. Esta especie de epifanía, quizá tardía, ha significado por un lado una serie de cambios, algunos drásticos, en mi vida personal; por el otro, me ha permitido pensar de manera diferente tanto mi trabajo como mi relación con las chicas y los chicos que participaban en mi investigación.

Mi epifanía me ha hecho entender la distancia que había entre yo y ellos/as, entre mi experiencia pasada y la vida cotidiana de los y las jóvenes con quien estaba trabajando: una distancia que está no solo en las diferencias de generación y de contexto social, geográfico, histórico etc.; sino que reside también en el hecho de que el recuerdo de la adolescencia con que intento construir un “puente” se ha estructurado en el tiempo justamente a través del progresivo distanciamiento: mi visión de mi adolescencia se basa en la memoria de una joven mujer de casi 30 años, que solo puede ser distinta de la memoria de cuando tenía 18, 20 o 25 años.

Asumir esta distancia y la inevitable diferencia entre ellos/as y yo ha sido la base para poder entender, de manera más consciente, que a pesar de todo podía existir un territorio común (PHILO, 2003): la memoria de un conjunto de emociones, sensaciones, conflictos e incertidumbres que es difícil de definir pero que, aunque con formas muy distintas, marcan ese momento de la vida que es la adolescencia. Se trata de un territorio común efímero, precario y frágil, que por una parte viene de la memoria y de la otra se coloca en un estado presente e intenso, pero que puede generar puntos de conexión a través de la experiencia emotiva. Se trata de chispas de “simpatía”, destellos de empatía, momentos fugaces en los que se percibe una analogía y se entrevé un posible reconocimiento.

A partir del reconocimiento de la distancia he podido justamente entender que la empatía que había esperado al principio encontrar por cercanía de edad no era algo automático, a-problemático, ineludible. Me he dado cuenta de que ese tipo de encuentro solo podía darse, y tener sentido, a través de la consciencia de la distancia entre ellas/os y yo – sin esto se quedaba limitado a la dimensión de la broma, del guiño. Para poder usar estos momentos de simpatía en mi investigación, para crear un espacio común de encuentro y reconocimiento, solo podía acercarme a partir de mi diferencia, de mi identidad de joven adulta que sabe que ya esa etapa se ha cerrado y que la persona que tiene enfrente vive una edad distinta.

Ser Investigadora

El trabajo de campo me ha supuesto a menudo la necesidad de tener que justificar mi posición de investigadora. Con los adultos mi estatus de estudiante de doctorado en la mayoría de los casos no precisaba ulteriores explicaciones y me garantizaba cierta legitimidad para hacer preguntas. Con

las y los jóvenes participantes no siempre ha sido tan fácil. En muchos casos al presentarme he notado cierta perplejidad, sobre todo en el momento de explicar el objeto de mi investigación: las reacciones eran casi siempre de escepticismo mezclado con humor hacia un trabajo centrado en el ocio. Me ha costado, en varias ocasiones, hacer entender que una investigación académica podía centrarse sobre algo tan mundano y aparentemente frívolo como la vida nocturna; al mismo tiempo he tenido que justificar mi interés para distinguirlo de una actitud de “cotilleo”.

A menudo en el momento de explicar mi trabajo de investigación he insistido sobre la palabra “estudiante”: estudiante en un nivel de formación alto, pero igualmente estudiante. A través de esto lo que intentaba era crear alguna forma de familiaridad y cercanía, que permitiese entender mi trabajo y la importancia que daba a mis tareas. Explicando que tenía que recolectar material, escribir textos y pasar revisiones con una tutora, intentaba acercar mi experiencia a la suya, para justificar lo que les pedía. Si esto en muchos casos ha funcionado, permitiéndome expresar el valor que atribuía a su ayuda, en un caso ha generado malentendidos: una alumna del Instituto Quatre Cantons, donde he hecho unas de las partes más largas de mi trabajo de campo, me ha atacado en varios momentos (medio en serio y medio en broma) diciendo que ellos estaban haciendo mis deberes y que no estaban compensados por eso. Estas críticas me han generado cierto malestar, debido al temor de no estar restando bastante a cambio de su tiempo y compromiso en la investigación. No quería aparecer como una explotadora, pero al mismo tiempo formaba parte tanto de mi investigación como de mi colaboración con el instituto el pedir a los alumnos y a las alumnas de llevar al cabo algunas tareas. Para intentar salir del “impasse” lo que he hecho es explicar mi papel con la máxima claridad: era estudiante y mi investigación se basaba en lo que ellos podían contarme, por eso su participación era algo muy importante para mí; yo en cambio dedicaba mi tiempo a un taller, no retribuido, cuyo objetivo era ofrecerles la posibilidad de desarrollar nuevas competencias y habilidades.

Otro punto crítico ha sido, para mi posición de investigadora, el trabajo en colaboración con escuelas. Yo no era una profesora, sino un elemento externo al instituto, pero al mismo tiempo mi papel en la clase, la dirección de un taller, me acercaba a la figura del docente. El hecho de ser asociada a una profesora era algo que me hacía sentir muy incómoda por las relaciones de poder que esto supone: un/a enseñante tiene autoridad sobre el alumnado en virtud de la capacidad de dar buenas o malas notas, de castigar, de hablar con los padres etc. Yo no tenía ese poder, pero sí tenía el poder de pedirles guardar silencio, de llamar a otro profesor o cosas así. En muchos momentos me he cuestionado como esto influenciaría mi relación con los alumnos y las alumnas, una relación que yo quería igualitaria y horizontal y que mi papel en el instituto amenazaba con convertir en desequilibrada.

Mi malestar e inquietud se han redimensionado parcialmente al enterarme de que, en cada momento, las relaciones de poder entre el alumnado y yo no eran tan unívocas y sencillas como yo había imaginado: al concentrarme solo en como yo estaba ejercitando poder sobre ellos/as no me había fijado en que, al mismo tiempo, ellos/as ponían en marcha una serie de dispositivos que les permitían ejercitar presión sobre mí. Hablar, hacer bromas, mirar con ironía

eran todos gestos que construían una forma de poder sobre mí, que en cuanto mujer y joven (esta vez sí, joven para ser profesora) no estaba en una posición muy elevada en su escala jerárquica. Esta reflexión me ha llevado a pensar que las relaciones que se iban tejiendo entre ellos/as y yo eran más complejas de lo que había al principio imaginado: si por un lado mi misma posición de investigadora (y en este caso de semi-profesora) no podía prescindir de una connotación de poder, al mismo tiempo los y las jóvenes eran más conscientes y menos indefensos/as de lo que yo había podido, ingenuamente, pensar. Esto no ha desproblematizado algunos momentos de la relación de investigación, pero me ha permitido asumir mi papel de investigadora con una consciencia mayor: reconociendo la inevitabilidad de ciertas formas de poder en la relación con los y las participantes, he podido intentar romper algunos esquemas para proponer un encuentro más igualitario.

Ser Mujer

Como mi investigación tiene su punto de partida en la geografía del género, la cuestión de mi posición en cuanto mujer ha sido desde el principio central en la reflexión sobre el trabajo de campo. A lo largo de los meses y de las experiencias de campo he podido averiguar como mi identidad de género influenciaba no solo mi actividad de investigación sino también las relaciones con las personas encontradas, tanto adultas como adolescentes.

En primer lugar, las observaciones: las sesiones de observación que he realizado han implicado pasar mucho tiempo en el espacio público en horario de tarde y de noche. Si en algún caso puntual me han acompañado amigos/as, en la mayoría de los casos he realizado estas observaciones sola. Al tratarse de observaciones de lugares de ocio nocturno, en algunos casos el hecho de estar sola en estos contextos ha generado cierta incomodidad, debida no tanto al miedo sino a la posición “rara” en la que me situaba. Un ejemplo es las observaciones realizadas en el *skate park* de la Mar Bella: en este caso he pasado mucho tiempo observando un lugar en gran mayoría frecuentado por chicos, donde mi presencia me parecía generar cierta curiosidad por el hecho de no ser una aficionada al *skate* ni tener relaciones personales con ninguno de los *skaters*. Otro caso ha sido durante una observación en las fiestas mayores de Sarrià: mientras estaba siguiendo, sola, el desfile de los percusionistas un chico se ha acercado, medio borracho, intentando ligar conmigo. Le he explicado que estaba allí sola por trabajo, que no estaba interesada en conocerlo y él se ha alejado a los pocos minutos. En ambos casos me he preguntado si, al ser un chico, mi presencia hubiera generado las mismas reacciones: una mujer sola, de noche, en un caso generaba sorpresa y curiosidad, en el otro sugería la posibilidad de ligar. La figura misma del *flâneur*, a menudo usada como referencia para la observación en el campo de las ciencias sociales, desde su origen en Baudelaire apunta a un personaje masculino, no femenino: el hombre que pasa el tiempo explorando y mirando el mundo alrededor resulta una figura bastante frecuente en el imaginario; en cambio, la mujer sola que vaga por la ciudad observando no tiene la misma legitimidad, sobre todo de noche. Percibiendo la incertidumbre de mi posición, he tenido que aprender no solo a despreocuparme de las miradas ajenas sino

también a superar mis propios prejuicios: me he dado cuenta de que esas miradas me afectaban porque yo misma, de manera no consciente, había interiorizado y reproducía tales estereotipos de género.

En el momento del encuentro con los participantes a la investigación he podido también darme cuenta del peso del género en la construcción de tales relaciones, tanto con hombres adultos como con hombres jóvenes. Ha habido hasta episodios graciosos: me ha sorprendido enormemente, generándome también cierta incomodidad, un experto que, durante la entrevista, me llamaba repetidamente “cielo”. Al principio pensaba no entender bien, por un problema lingüístico, pero al cabo de un rato me di cuenta que no había ningún malentendido: su manera de hablarme repetía estereotipos tan vetustos que casi me ha resultado gracioso.

Las entrevistas con hombres adultos, excluyendo este último episodio, han sido en la mayoría de los casos equilibradas; comparto la idea de Linda McDowell (1992) de que una investigadora puede ser percibida por los hombres como menos amenazadora o “académica”: esto genera, durante la entrevista, una confianza y una sinceridad que probablemente no se alcanzarían con un investigador hombre o mayor, cuya presencia comunicase más oficialidad. En este sentido, probablemente mi edad y mi género han influenciado mucho la actitud del interlocutor; sin embargo, no dudo en pensar que, al ser un hombre el investigador, probablemente las entrevistas se habrían desarrollado de manera distinta.

El género ha jugado un papel importante también en las relaciones con los jóvenes hombres involucrados en la investigación: nunca nos hemos, ni yo ni ellos, olvidado que yo pertenecía al mundo de las chicas. Esto me ha parecido algo inevitable e incluso divertido en los momentos en los que, durante el trabajo de campo, he intentado jugar o romper los estereotipos de género tradicionales. Al mismo tiempo ha habido, desde el punto de vista del género, algunos momentos delicados, en particular durante el primer taller desarrollado en el Instituto Quatre Cantons: allí he tenido la clara sensación de que el hecho de ser mujer afectaba profundamente mi relación con los participantes. Como me había recordado mi tutora a los pocos días de empezar esa actividad, el hecho de ser mujer (¡y además joven!) me ubicaba en la posición de menor autoridad posible ante los alumnos del instituto. Sobre todo, durante las primeras sesiones me he enfrentado a actitudes de desafío que cuestionaban mi posición y mi legitimidad en cuanto mujer, experimentando juegos de poder que me han hecho sentir muy incómoda. Los momentos más críticos han sido en las sesiones dedicadas justamente a temas de género, que he dirigido junto a Andrea Olmedo Rio, de la Asociación Constelaciones: allí nos hemos enfrentado a actitudes machistas que me han impresionado y afectado profundamente. Esa actitud se manifestaba, en una parte del alumnado, con posturas complementarias: por una parte, negación de la relevancia y de la misma existencia del tema (¿“Si somos iguales, ¿por qué tenemos que hablar de esto?”) y ostentación de indiferencia; por otra la adopción de una actitud agresiva/defensiva hacia nosotras, en algunos casos rechazando, bajo la etiqueta de “*Femi-nazi*”, cualquier discurso anti-sexista. En esta situación el profesor Carlos Díez nos ha ayudado mucho a desarrollar un diálogo sobre la identidad de género, que ha permitido también hacer menos tensa la relación

con la parte más machista de los participantes.

La relación con las mujeres, tanto adultas como jóvenes, ha sido ayudada en muchos casos por el hecho de compartir experiencias similares en cuanto mujeres. En el caso de las adolescentes, durante varias entrevistas he reconocido en sus palabras reflejos de mis experiencias y eso me ha permitido, espero, entender lo que estaban diciendo y dar una respuesta empática a sus planteamientos e inquietudes. En las entrevistas con mujeres adultas, el hecho de reconocer un terreno común (el género) ha hecho posible, por ambos lados, la evocación de sentimientos compartidos: en muchos casos, tanto yo como ellas, hemos hecho referencia a una identidad y experiencia comunes como base para entendernos recíprocamente.

En el primer caso, con las adolescentes, he intentado recurrir a la memoria de mis experiencias de esa edad para comprender como ellas estaban construyendo su propia manera, al mismo tiempo individual y social, de entender el género en una etapa vital caracterizada por grandes cambios. En el segundo caso, con mujeres adultas, he tratado de entender su posición en cuanto madres a partir no de una memoria sino de un sentimiento: al no haber tenido experiencia de la maternidad, lo que he intentado es comprenderla a partir del deseo, en el futuro, de ser madre, con todos los cuestionamientos que eso implica.

En varios casos las entrevistas han pasado, justamente por esa empatía, a tratar cuestiones personales o íntimas: en estos casos me he esforzado de no perder de vista el objetivo de mi investigación, pero al mismo tiempo no he querido cortar nunca los momentos de confianza que se habían producido. Estoy convencida de que la empatía es un recurso fundamental para la comprensión del otro en el encuentro de la investigación, que nace de compartir experiencias, recuerdos, sensibilidades y que se alimenta también de bromas, anécdotas y divagaciones – vale la pena de alargar la grabación de una entrevista cuando eso permita encontrar un momento de recíproco entendimiento, intercambiar una sonrisa o una mirada de complicidad.

Ser Extranjera

Cuando me he mudado a Barcelona, en enero 2014, no hablaba español ni catalán, no sabía casi nada de la ciudad (excepto unos recuerdos de hace 10 años) y tampoco tenía un conocimiento particularmente profundo de la cultura española o catalana.

Al empezar el trabajo de campo me he dado cuenta de que me faltaban una serie de referencias de historia, cultura popular, tradiciones, deporte, música etc. que a mis interlocutores les parecían banales y que en cambio a mí me resultaban completamente nuevos. El patrimonio simbólico y cultural que una persona acumula a lo largo de su vida, a través de la socialización en la familia, la escuela, el trabajo, es para mí imposible de adquirir completamente, aunque viviese todo el resto de mi vida en este país. El hecho de ser extranjera, de haber nacido y crecido en Italia, hace que yo entienda una frase, un gesto, una mirada, una broma de manera potencialmente distinta, por los distintos códigos culturales a través de los que interpreto la realidad. Gracias a las personas que he conocido aquí y gracias a internet he podido con el tiempo

colmar algunos de estos vacíos, aunque sepa que es imposible llenarlos totalmente.

Al mismo tiempo he aprendido a valorar el hecho de ser extranjera: el hecho de presentarme al entrevistado como italiana me permitía ponerme fácilmente en la posición del suplicante (EYLES e SMITH, 1988). Declarando mi ignorancia acerca de la situación local justificaba mis preguntas aparentemente banales (como toda pregunta sobre prácticas de la vida cotidiana), poniendo al interlocutor en la posición del detentor del conocimiento. Al ser extranjera afirmaba mi dependencia del entrevistado, explicitando mi necesidad de ayuda y teniendo así la posibilidad de invertir las relaciones de poder en el encuentro con el otro (ENGLAND, 1994). He encontrado este tipo de relación particularmente interesante en el trabajo con jóvenes, donde los papeles del adulto/profesor y del joven/estudiante estaban cuestionados por el hecho de declarar mi ignorancia: la reacción de los y las participantes ha sido en muchos casos de gran entusiasmo y generosidad en el momento de explicarme cómo funcionaba su mundo. Creo que el hecho de ser extranjera me ha permitido también formular preguntas que otros, por considerarlas demasiado banales, no habrían hecho: he pedido explicaciones, que han resultado iluminadoras, sobre conceptos que quizá una persona autóctona ni se habría cuestionado. Al mismo tiempo, mi posición como extranjera me ha permitido, en las entrevistas con jóvenes de familias inmigrantes, poner las bases para un entendimiento común: compartiendo parte de sus inquietudes al vivir en un país distinto del de origen, espero haber podido generar un espacio, aunque efímero, de empatía.

Otra cuestión estrictamente relacionada con la nacionalidad es el idioma: he realizado todo mi trabajo de investigación en un idioma que no es mi idioma materno, lo que me ha generado no pocas preguntas. Es prácticamente imposible aprender de adulto un idioma como si fuese el idioma materno: esto significa que, aunque tenga un buen nivel de español mi manera de expresarme no podrá ser nunca comparable con la de una persona que se ha socializado en dicho idioma; así siempre habrá alguna expresión que no pueda entender o de la que no pueda apreciar todos los matices. Esto seguramente constituye un límite, tanto en mi trabajo de campo como en mi análisis de las entrevistas; límite que he intentado superar confrontándome tanto con mi tutora que con otras personas. A esta situación se suma la particularidad del contexto catalán: el bilingüismo me ha impuesto la necesidad de aprender dos idiomas, ambos utilizados en la vida cotidiana. He adquirido un nivel de castellano más alto, mientras mi catalán es sobre todo pasivo (entiendo casi todo, pero no lo hablo fluidamente). Por eso he decidido escribir mi tesis en castellano y también realizar mi trabajo de campo mayoritariamente en este idioma. Durante las entrevistas me he dado cuenta en muchos casos que las personas con las que estaba hablando eran más fluidas con el catalán que con el castellano: en este caso he explicado que yo iba a formular mis preguntas en castellano, pero que ellos eran libres de contestar en el idioma que le resultaba más fácil. En muchos casos he lamentado no tener un catalán más fluido para poder interactuar con las personas en el idioma que percibían como más cercano.

La cuestión lingüística también ha generado situaciones parecidas a las que he citado a propósito del ser extranjera: en las entrevistas me ha hecho poner

en una posición de debilidad y me ha hecho sentir justificada en preguntar sobre cosas aparentemente tontas pero que me han aclarado conceptos clave. Esto hace también que yo haya resultado a veces particularmente graciosa a las personas que han participado en mi trabajo de campo: sobre todo las chicas y los chicos se han reído mucho con mis errores y mis dificultades en entender algunas palabras. Pienso que cierta comicidad generada por mis problemas lingüísticos haya contribuido a crear esa pequeña inversión de papeles de la que hablaba más arriba: quizá mi figura de investigadora no haya resultado tan autoritaria por el hecho de olvidarme una “s” o de dudar en el momento de conjugar un verbo en pasado.

Conclusiones

Como se habrá podido ver leyendo las páginas anteriores, este ejercicio de reflexividad no ha sido indoloro. Escribir estos párrafos ha representado un esfuerzo grande de poner en palabras sensaciones, emociones y relaciones que no solo han marcado mi trabajo de campo sino también mi vida personal. Creo que el doctorado representa una etapa particularmente delicada y transformadora en la vida de alguien: por el esfuerzo en el trabajo, por el estrés, por las expectativas (propias y ajenas) y también por el hecho de confrontarse con elecciones de vida. Durante estos años me he enfrentado (y sigo enfrentándome) a dos preguntas fundamentales: ¿soy bastante buena para hacer este trabajo? ¿Es lo que quiero hacer en mi vida? Si la segunda pregunta no puede que estar conectada también con la situación crítica de la investigación en los últimos años, la primera es incluso más perturbadora: se trata de cuestionar la propia preparación, la propia “vocación”, la propia capacidad de trabajar “bien” con los y las participantes (el respeto, la ética) y de producir conocimiento nuevo (el síndrome del impostor es un fantasma siempre presente). Creo que este esfuerzo para explicitar mi posición en el trabajo de campo ha sido, de alguna forma, una manera para contestar a estas preguntas. Poder compartir las dudas, los entusiasmos y las inseguridades que han acompañado la investigación es algo que para mí tiene un valor fundamental: para situar el conocimiento producido, para explicitar lo que a menudo se queda no dicho, no asumido, no aceptado, no incluido en un trabajo académico. Mi historia, mi carácter, mi identidad y mis emociones forman parte de mi investigación y están en cada parte del proceso que la construye.

Agradecimientos

Esta investigación ha sido posible gracias al soporte de la Secretaria d'Universitats i Recerca del Departament d'Empresa i Coneixement de la Generalitat de Catalunya (beca 2017FI_B2_00078) y gracias al Ministerio de Economía, Industria y Competitividad de España (beca FEM2012-24794).



Generalitat de Catalunya
Departament d'Empresa i Coneixement
Secretaria d'Universitats i Recerca



Margot Mecca

Referencias bibliográficas

BAXTER, Jamie; EYLES, John. Evaluating qualitative research in social geography: establishing “rigour” in interview analysis. **Transactions of the Institute of British Geographers**, v. 22, p. 505 – 525, 1997.

ENGLAND, Kim. Getting Personal: Reflexivity , Positionality , and Feminist Research. **Professional Geographer**, v. 46, n. 1, p. 241 – 256, 1994.

EYLES, John; SMITH, David. **Qualitative methods in human geography**. Cambridge: Polity Press, 1988.

MADGE, Clare. Boundary disputes: comments on Sidaway. **Area**, v. 25, p. 294 – 299, 1993.

MCDOWELL, Linda. Doing gender: feminism, feminists and research methods in human geography. **Transactions, Institute of British Geographers**, v. 17, n. 4, p. 399–416, 1992.

PHILO, Chris. To Go Back up the Side Hill: Memories, Imaginations and Reveries of Childhood. **Children’s Geographies**, v. 1, n. 1, p. 7 – 23, 2003.

ROSE, Gillian. Situating knowledges: positionality, reflexivities and other tactics. **Progress in Human Geography**, v. 21, n. 3, p. 305 – 320, 1997.

Recebido em 25 de abril de 2019.

Aceito em 09 de agosto de 2019.

Margot Mecca

304